

## Luis Trigueros y Laureano García Ortiz

Escribe: VICENTE PÉREZ SILVA

En la entrega número 1 de 1981, volumen XVIII, de este *Boletín*, publicamos la polémica sostenida entre Luis Trigueros, seudónimo de Ricardo Sánchez Ramírez y José Eustasio Rivera. Damos a conocer ahora el enfrentamiento polémico ocurrido entre el primero de los nombrados y su coterráneo, el doctor Laureano García Ortiz. En la nota preliminar de la referida polémica consignamos algunos datos biográficos de Trigueros, razón por la cual en esta ocasión nos limitamos a trazar, de manera sucinta, algunos rasgos biográficos de su eminente contendor.

El doctor Laureano García Ortiz nació en la ciudad de Rionegro, departamento de Antioquia, el 19 de julio de 1865 y murió en Bogotá el 4 de noviembre de 1945. Hizo sus primeros estudios en la Escuela Normal de Medellín; de bachillerato en el "Colegio de Martínez y Herrán" y los profesionales en la Escuela de Ciencias Naturales y Agronomía de la Universidad Nacional, en Bogotá.

García Ortiz, dueño de una gran inteligencia y de una vasta ilustración, sobresalió como político, jurisconsulto, diplomático, orador, profesor universitario y publicista de singular renombre. Fue representante a la Cámara y senador de la República en varios períodos; ministro de Relaciones Exteriores del presidente Marco Fidel Suárez; miembro de la comisión asesora de relaciones exteriores y embajador en las repúblicas del Brasil, Chile y Costa Rica.

Como experto y versado internacionalista participó en importantes misiones diplomáticas, intervino en asuntos limítrofes



de Colombia, Brasil y Perú, y firmó el tratado que lleva el nombre de García Ortiz-Mangabeira, suscrito en Río de Janeiro por Colombia y Brasil. En el ámbito cultural fue miembro distinguido de la Academia Colombiana de Historia, de la Academia Colombiana de la Lengua y, además, perteneció a varias instituciones culturales del exterior.

Como escritor, el doctor García Ortiz ejerció una labor muy destacada y de suma actividad. Basta decir que dirigió "El Liberal" que había fundado el general Rafael Uribe Uribe y colaboró en el "Repertorio Colombiano", la "Revista Contemporánea", "Cultura", el "Boletín de Historia y Antigüedades", el "Boletín de la Academia Colombiana" y en la revista "Senderos". Entre sus publicaciones históricas y literarias se cuentan los libros titulados *Estudios Históricos y Fisonomías Colombianas* (dos tomos) y *Conversando*.

Sobre este aspecto, el doctor Eduardo Santos, escribe lo siguiente:

"Fue uno de los intelectuales más completos que haya conocido nuestra tierra. Lector de innumerables libros, vivía entre ellos, pero no, según le oí decir alguna vez graciosamente, como hoja de herbario, seca y fría entre las páginas que la aprisionan. A él lo que le interesaba ante todo, quizás lo único que le interesaba auténticamente, era la vida, en su forma activa y ardiente. Le interesaban apasionadamente los seres humanos y por eso seguramente, jamás le sedujeron los refinamientos y exquisiteces de la literatura pura, con que tantos quieren ahora huir de las duras y fuertes realidades de la existencia. Dotado de un fino criterio estético no eran sin embargo las cosas de arte las que más le atraían; no iban sus preferencias ni a la poesía ni a la música ni a las bellas artes, a pesar de que nunca fue sordo a su atractivo ni dejó de derivar de ellas innumerables satisfacciones, pues era fino conocedor en todas esas categorías del espíritu...".

Esto y mucho más se puede decir y transcribir de tan ilustre personaje que mereció el título de "ciudadano eminente y patriota ejemplar".

El artículo de Luis Trigueros que dio pie a esta polémica, apareció en las *Páginas Literarias* de "El Siglo" de Bogotá, correspondientes al 11 de octubre de 1941. El doctor Laureano



García Ortiz, con dotes de extraordinario polemista, como vamos a verlo, dio respuesta desde San José de Costa Rica, donde a la sazón representaba a nuestro país. Cabe recordar que García Ortiz, muy versado en la historia política de nuestro país, pocos años antes, había librado dos interesantes polémicas: una, en torno a la administración del presidente Eustorgio Salgar, con los doctores Miguel Aguilera, Gustavo Otero Muñoz y Alvaro Holguín y Caro; y, la otra, de carácter político, con el doctor Hernando Holguín y Caro, estos dos últimos, hijos del estadista conservador Carlos Holguín.

#### GRAMATICA DE UN ACADEMICO

Las Academias han sido, con no poca frecuencia, blanco de acres censuras unas veces, otras de agudas y regocijadas chiri-gotas. Alfonso Daudet, en un libro célebre, clavó esas corporaciones en la picota del ridículo. Don Antonio de Valbuena, en sus *Ripios* inmisericordes, arrancó de ellas túrdigas sangrientas. Muchos escritores españoles e hispanoamericanos, con homecillo y con rencor, las han llamado cementerio de vivos, cuartel de inválidos, asilo de valetudinarios. Por último Rubén Darío, el excelso lírico de Nicaragua, las apostrofó de esta manera:

¡De las Academias, libranos Señor!

Nada más injusto. Las Academias son institutos sabios y benéficos, laboratorios del bien decir, centros que estimulan y consagran la fama de los cultores de las letras. Yo por mi parte no sólo las respeto y las acato, sino que las considero factor poderoso e indispensable en el desarrollo artístico de los pueblos. Es verdad que en ellas no están todos los que son ni son todos los que están. Es evidente que en la elección de sus miembros no siempre se consulta la unidad y la justicia. Es cierto que en innumerables ocasiones las palmas y el espanto académico se otorgan a la intriga más que al mérito. Emilio Zola, coloso de la pluma y padre de una escuela literaria, genitor de obras geniales a pesar de sus repugnantes crudezas fue sistemáticamente rechazado por los inmortales de la sociedad que fundara en 1635 el cardenal de Richelieu. Igual suerte corresponde entre otros maravillosos escritores, a Balzac y Daudet, Flaubert y Maupassant.



La Academia española, desdeñó también a muy altos valores intelectuales. No se acordó jamás de don Leopoldo Alas, el insigne "Clarín", eximio crítico literario y profundo conocedor del idioma. Y a Armando Palacios Valdés, uno de los más grandes novelistas universales, le ofreció tardíamente un sillón, en 1922, cuando ya lo agobiaba el fardo de los años y la escarcha del invierno albeaba su cabeza. Lo precedieron en el supremo honor las aristocráticas nulidades del conde Cheste y del marqués de Molins.

La Academia Colombiana de la Lengua se fundó en 1871. A sus labores le dieron ayer y le dan hoy brillo extraordinario, los más cimeros humanistas del país. Para confirmar mi aserto me bastará citar los nombres preclaros de Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, Santiago Pérez, José Manuel Marroquín, Rafael María Carrasquilla, Carlos Martínez Silva, Miguel Abadía Méndez, Carlos Arturo Torres, Diego Rafael de Guzmán, José Joaquín Casas, Antonio Gómez Restrepo, Baldomero Sanín Cano, Guillermo Valencia, Luis María Mora, Manuel Antonio Bonilla, maestros del lenguaje.

Yo no creo que las Academias deban ser exclusivamente cónclaves de gramáticos. No. Pienso, sí, que quienes las integran necesitan conocer y respetar los cánones del bien hablar. Que los simples mortales descoyuntemos la sintaxis, atropellemos el régimen y trastoquemos el significado de los vocablos, no es cosa sorprendente. Pero los académicos, encargados de "limpiar, fijar y dar esplendor" a la lengua, tiene la perentoria obligación de brindarnos, en sus escritos, ejemplos edificantes de castidad y corrección.

No acontece así, por desgracia. Recientemente he leído algunos estudios y discursos de don Laureano García Ortiz, miembro encumbrado del instituto, estudios y discursos que no son, es fuerza confesarlo, modelos y arquetipos de pureza de dicción. Pruebas al canto:

"Políglota" por poliglota. "Provisorio" por provisional. "Panfleto" por libelo. "Mobiliario" por moblaje. "Control" por fiscalización. "Irreductible" por irreducible. "Analfabeta" por analfabeto. "Miraje" por espejismo. "Diabetis" por diabetes. "Ponzoña" por aguijón. "Personalidad" por personaje. "Pretensión" por vanidad o presunción. Ni son de recibo locuciones como estas: "Factores numerosos", "Caudillo prestigioso",



“Rasgos acentuados”, “A diario”. “Se mató”. “Y por último”, “de inmediato” que es un argentinismo inaceptable.

La locución “me extraña”, usada frecuentemente por don Laureano García Ortiz, peca de igual modo contra la gramática. Léanse estos conceptos del académico español Julio Casares, uno de los más autorizados hablístas castellanos:

“...No hay manera de atajar, por ejemplo, el uso impropio que se hace a cada paso del verbo extrañarse. Me extraña, no nos extraña, aunque te extrañe. La Academia, tan débil a veces ante el hecho consumado, se ha mantenido firme, sin conceder a esta forma reflexiva la significación de admirarse, asombrarse. Pero yo creo que ya es inútil luchar contra la mayor parte de la nación. El yerro lo cometen, casi sin excepción, los tribunos, lo padece la gente del pueblo y lo autorizan hasta estilistas pulcros y refinados. Extrañarse significa alejarse, apartarse, desterrarse. Por cierto que según el Diccionario de Autoridades, era nota injuriosa decir extraño que usted me haya hecho tal cosa...”.

No tengo a la vista las obras completas de don Laureano García Ortiz. Las incorrecciones que anoto y muchas más que omito, las he espigado a la ventura, en un cortísimo número de escritos del prestante publicista bogotano. El señor García Ortiz posee una variada y sólida cultura, es un auténtico erudito, un prosador ágil y brillante, a la vez que un historiógrafo de nobles ejecutorias, cuando no obnubilan su criterio los prejuicios políticos. De suerte, pues, que sus deslices gramaticales no alcanzan a menoscabar el mérito positivo de sus lucubraciones literarias. Dijérese que ellos son a modo de lunares en el semblante de una mujer hermosa.

El último discurso del señor García Ortiz, pronunciado en la Academia de la Lengua, en la recepción del doctor Eduardo Santos, es una pieza mediocre por el ropaje y por el fondo. El estilo es pobre, desmañado, opaco. Y en los conceptos no hay elevación en las ideas, ni fuerza, ni originalidad. Elaborado con el ánimo de halagar al recipiendario, el autor exageró el encomio hasta rayar en el ditirambo. También aprovechó la ocasión para espetar, en forma inconveniente y chabacana, insinuaciones malévolas y frases irrespetuosas acerca del doctor Rafael Núñez. Es la vieja consigna liberal: agredir sin escrúpulos ni reparos al padre de la Regeneración. Ya lo había llamado “ro-



bador de mujeres, malabarista de las ideas y zurcidor de voluntades". En suma, este discurso del señor García Ortiz, disonante bajo la cúpula de una Academia, más que una manifestación artística fue una arenga banderiza, impropia de tan señalada solemnidad.

*Con estas cosas que digo  
Y otras que paso en silencio,  
A mis soledades voy,  
De mis soledades vengo.*

"Casa Azul" (En La Unión), octubre de 1941.

Luis Trigueros.

## DECEPCION DE UN SEUDO - ACADEMICO

*(Palique)*

Don Ricardo Sánchez Ramírez, oriundo de Yarumal, honesta y hoy próspera población del norte antioqueño, vino a la capital de Colombia ya va para medio siglo, con los auspicios y bajo la protección de su pariente el simpático y talentoso Toto Ramírez, militar y poeta, quien lo introdujo en su círculo literario, un tanto bohemio, y en la redacción de algún diario. Nada menos bohemio que el señor Sánchez Ramírez, que desde entonces se acreditó pronto de buen burgués, arreglado, económico y precavido, hábil para impulsarse en la política conservadora y adelantar con maña.

Es de creerse que el protegido de Toto gozaba ya de alguna reputación literaria en el lugar de su nacimiento, donde sin duda era mirado como una esperanza de honra y fama para el terruño nativo, expectativa que el escritor ha sabido realizar a cabalidad. Pero el literato en ciernes no quiso alcanzar tal honra y adquirir tal fama bajo los honrados apellidos de sus mayores, y se inventó un seudónimo que juzgó más sonoro y elegante, predestinado a lucidos torneos y a memoriosas lides. Por eso se firmó y se hizo llamar *Luis Trigueros*.

A pesar de ello no se puede decir que sea un descastado, pues en su honor debe reconocerse que hasta edad avanzada, como conserva el acento *maizero* que llaman, ha podido mantener intacto también e irreductible, su espíritu provinciano. Esto se echa de ver no sólo en sus escritos, sino hasta en los círculos diplomáticos. Según cuentan, cuando llegó a Bogotá, entonces modestísima capital de 80.000 habitantes, procedente de su provincia (si Bogotá era entonces poca cosa, qué sería Yarumal)



les escribió a sus paisanos: «En el corto trayecto del ferrocarril de la Sabana, ya sentía yo el rumor de la gran metrópoli, el aliento del gran monstruo... Pronto me ví atónito, sin creerlo, en la plaza de Bolívar; las calles Real y Florián vomitaban humanidad». Simpático ello, con esa frescura de impresiones y ese sentido de la relatividad de las cosas.

Bajo tal seudónimo, creyéndose él un crítico y un humorista con un tanto de provincialismo agresivo, se enredó en no pocos trances, con suerte varia, en los cuales él siempre se creyó vencedor. Ignoro si en tal creencia no intervino cierta dosis de natural optimismo. «¿Leyeron la tunda a Trigueros?», era una pregunta frecuente en Bogotá. Alguna vez lo pusieron a bailar: «Que baile Trigueros, que baile Trigueros»; no puedo recordar si tan regocijada empresa, que resultó popularísima, fue de los salerosos cronistas Martínez Rivas o Carlos Villafañe.

En sus intentos de humorista resultó un tanto pesado, de vuelo gallináceo.

En sus intentos de crítica pareció aficionarse a la gramática, sobre todo al léxico, más que a la significación espiritual y artística de los autores que pretendía juzgar. Sus atisbos psicológicos, sobre autores o personajes, fueron encontrados muy romos.

Sin duda él creyó que sus retozos gramaticales y sus cacerías de vocablos, lo pondrían en el camino de Cuervo, de Caro o de Suárez; pero el joven de Yarumal no tenía las bases clásicas y humanistas de esos prohombres y mucho menos las filosóficas y profundas visiones de esos lingüistas y filólogos reconocidos en América y en España.

Su cacería de palabras raras y obsoletas, resultaba laboriosa pero infecunda. El formaba su lista de voces viejas castellanas, ya no vigentes, y buscaba y forzaba la ocasión de colocarlas en alguno de sus escritos. No pretendía en éstos formular un pensamiento, transmitir un concepto, sino preparar frases en las que sus lectores tropezaran con palabras desconocidas y obligarlos a buscar su significado en los viejos diccionarios.

Y ante todo buscaba la notoriedad, y para ello atacaba a sus adversarios políticos o literarios, de manera repentina e inesperada; pero no descuidaba arrimarse a quien pudiera servirle. Así, después del Toto, tuvo otros protectores eficaces que



algo le dieron. El último y más fecundo en bienes para el escritor yarumaleño fue el Presidente Abadía Méndez, y conseguir la protección de éste fue la obra maestra de Trigueros. Ese último Presidente conservador le dio una Plenipotencia en Chile que le duró cosa de siete años y en condiciones económicas tales que lo pusieron a cubierto de toda preocupación. Que buen provecho le haga.

El Presidente Olaya Herrera vino a creer conveniente, en momentos graves, cambiar el personal y la orientación de esa Plenipotencia, y sin que yo lo deseara, y mucho menos lo pidiera, quiso encargarme de ella por muy cortos meses. Se trataba de un servicio nacional en los momentos del conflicto colombo-peruano, y por ello acepté. Apenas terminada esa corta misión regresé a Colombia.

Nada más natural y humano que el señor Sánchez Ramírez no viera con agrado ese cambio, y que ello viniera a redundar en su ánimo contra la pobre persona con quien fue reemplazado. Cuando regresé a Bogotá tuve conocimiento de que ese desagrado lo manifestaba con acerbía en conversaciones privadas, con frecuencia y con injusticia, pues nunca reaccioné en forma alguna y nunca quise mortificarle ni hacerle daño. En este escrito sólo trataré de Luis Trigueros como literato, a pesar de mi incompetencia y de mi poco conocimiento de su producción literaria, pues cuando vine a darme cuenta de que en ella no encontraba muchas ideas sino muchas palabras raras y exóticas, dejé de leerlo. Más extensamente y con mayor conocimiento podría hablar del señor Sánchez Ramírez como diplomático. Ya vendrá la ocasión.

Acabo de tener una nueva muestra, ya pública, de esa mala voluntad cultivada y envenenada en silencio durante cosa de ocho años. Dios me libre de que yo pueda pensar que una crítica de carácter meramente literario, pueda ser una ofensa inferida al autor criticado; pero hay críticas y críticas, y ya se verá la que ahora, muy tardía y extemporáneamente, me endilga el señor Sánchez Ramírez bajo el título «Gramática de un académico», publicada en «El Siglo» de Bogotá, a mediados de octubre corriente y que un correo tardío acaba de traerme a esta lejana tierra. Según entiendo, aquella antigua mala voluntad se ha acrecentado luego por motivos no del todo gratuitos. Es el caso que Luis Trigueros ha abrigado por largos años el vivo deseo,



por cierto no injustificado, de llegar a sentarse en un sillón de la Academia Colombiana de la Lengua, y de manera indirecta ha solicitado del ilustre instituto esa honra, por cierto no inmerecida. El benemérito doctor Miguel Abadía Méndez, Director por varios períodos reglamentarios de esa Academia, y familiar y protector del señor Sánchez Ramírez, insinuó a varios de sus colegas, en ocasiones repetidas, la candidatura de su protegido. En torno de eso, fuera de la Academia, se tejieron algunas pequeñas intrigas. Tratándose de llenar una vacante, en sesión reglamentaria, el doctor Abadía se resolvió a presentar formalmente la candidatura de Sánchez Ramírez. A pesar de todos aquellos antecedentes, ello causó alguna sorpresa, y yo pude ver en la expresión de la fisonomía de dos o tres académicos el embarazo causado por la alternativa de no complacer al proponente o de aceptar una elección que no parecía la indicada en tal momento. Todos aguardaban que alguna opinión se pronunciara, mas viendo que el silencio embarazoso se prolongaba, yo que he ejercido altos cargos diplomáticos, pero que jamás he sabido ser un diplomático, mirando con tranquilo respeto a nuestro ilustre Director, hube de anunciar mi voto negativo para tal candidatura. Interrogado por el padrino sobre las razones de tan perentoria negativa, manifesté que media docena de colombianos, más urgentemente indicados por sus méritos para el sillón vacante, deberían ser considerados antes que el escritor Sánchez Ramírez. Recordé también que en tiempos idos, un bogotano o caucano aspirante a poeta, tuvo la desventura de encontrar como estribillo de algunas de sus estrofas, el verso «lo raro fuera que no». El público agarró aquello por hacer imposible en lo sucesivo toda designación del estimable sujeto para distinciones de cierto carácter, pues ante «lo raro fuera que no», las risotadas impedían el nombramiento. Nuestra elección del señor Sánchez Ramírez provocaría en la prensa maleante, en los cafés y en los corrillos un insoportable *ritornello*, a costa del prestigio de la Colombiana: «Sánchez Ramírez ha sido hecho académico, que baile Trigueros, que baile Trigueros». Así dije. Un suspiro de alivio se oyó en el recinto y no se habló más, entonces ni después, de tal candidatura.

No hay nada, pues, más natural y justificado que Trigueros encuentre malos y requetemalos mis oscuros escritos. Pero durante la vida consciente del doctor Abadía Méndez, por razones que conozco, Luis Trigueros hubiera encontrado tropiezos para



exteriorizar su inquina; ha sido preciso que un mal implacable haya nublado la noble mente de un ex-Presidente de Colombia, para que el escriba rencoroso pretenda mortificarme; y no lo logrará, vive Dios.

El escrito atrás citado del señor Sánchez Ramírez se inicia con un disfavor y un favor para las Academias en general. El disfavor lo infiere citando puntualmente lo que se ha dicho en contra de ellas y exaltando la personalidad de los agraviadores y la importancia y trascendencia del agravio.

El cree que Alfonso Daudet, en un libro de su juventud, que Trigueros considera célebre, «clavó las Academias en la picota del ridículo», así lo dice. Sin duda Trigueros cree que el ilustre instituto, creado por el Cardenal de Richelieu, consagrado y enaltecido por Napoleón, donde después de la diatriba de Daudet siguieron sentándose Pasteur, Taine, Renán, Víctor Hugo, Bergson y cuanto hubo y hay de elevado en el espíritu francés, no sólo escritores sino las más altas ilustraciones de Francia, como los dos Poincaré, el sabio y el hombre de Estado, los dos mariscales Joffre y Foch, que le dieron la victoria, ese instituto está, según Trigueros, en la picota del ridículo, donde lo colocó el pobre y olvidado libre de Daudet.

El desacreditado Antonio Valbuena, autor de los tristes y superficiales «Ripios», a quien Trigueros nombra Don Antonio de Valbuena, sin duda para exaltar su persona, olvidándose que a los seudónimos no se les presta títulos, pues si se dice Don Ricardo Sánchez Ramírez, sería torpe decir Don Luis Trigueros, así como no puede decirse Don Fernán Caballero, ni Monsieur George Sand, ni el señor Fígaro, ese olvidado y bien olvidado Antonio Valbuena, es calificado con fruición por Trigueros de «autor de los Ripios inmisericordes con los cuales arrancó de las Academias *túrdigas* sangrientas». (No hay veinte colombianos que sepan a derechas qué cosa sea *túrdigas*, aunque en el diccionario se encuentre). Yo bien sabía que la crítica microscópica, superficial, panda como un plato de Valbuena era la crítica a gusto de Trigueros. Mas yo creo que este mismo Trigueros, cuando escribía en «El Correo Nacional» o en otro diario regenerativo, bajo los ojos de Caro, de Suárez o de Martínez Silva, no exhibía su inclinación por Valbuena, ni su flaco concepto de ahora sobre los aristocráticos académicos el Conde de Cheste y el Marqués de Molins. Eran otros tiempos para la



política conservadora, ortodoxa y autoritaria de Trigueros, hoy en plena evolución hacia las izquierdas... literarias. Cuando menos lo pensemos nos resulta comunista.

Se indigna ahora, perdida la esperanza de ser correspondiente de la Real Academia Española, porque ésta no hizo académico a Armando Palacio Valdés sino cuando ya era viejo. Creo hallarme en capacidad de explicarle a Trigueros la causa de tan sensible retardo. Armando Palacio Valdés fue autor de novelas bien compuestas, bien relatadas, con personajes vivos, caracteres definidos y ambiente real; entre otras, «*Idilio de un enfermo*», «*La Hermana San Sulpicio*». Pero tales condiciones iban en él acompañadas de una ignorancia inverosímil en materias literarias. En la primera edición de «*La Hermana San Sulpicio*», novela en dos tomos, la mitad del primero la ocupaba una densa, larga y pretenciosa introducción, en la cual el autor exponía su concepto sobre el arte de hacer novelas y sobre la estética del género. A cada paso cita a Taine, el gran crítico francés, sin entenderlo mayormente y a quien llama Enrique Taine a diestra y a siniestra. Bien sabido es que se llamaba Hipólito Taine. Cita también la famosa novela francesa «*Manon Lescaut*», y llama a su autor Prevost Paradol. Confunde, pues, al Abate Prevost, del siglo XVIII, con el historiador y diplomático del siglo XIX. Lamento no tener aquí mi ejemplar anotado hace más de cuarenta años, para recordar otros inauditos disparates. Por esa ignorancia enciclopédica, indudablemente no fue elegido académico sino ya viejo; sin duda el instituto quiso esperar a que su aspirante se ilustrara un tanto, lo que en concepto de Trigueros es grave falta de la Academia Española.

Pero una vez que ha aportado la leña para quemar las academias y ha soplado en la hoguera, como no puede borrar su pasado de esfuerzos en acecho de una entrada, para compensar en parte todos los desfavores con que hoy las regala, el anti-académico flamante engarza como favor cuatro frases gastadas en pro de la misión que cumplen esos institutos, mas pensando en sí mismo dice que en ellas «no son todos los que están ni están todos los que son». Esta frase que se ha referido siempre a los manicomios, la apliqué yo a las academias para disculpar mi presencia en ellas, cuando hube de recibir a Don Eduardo Santos en la Academia de la Lengua. Siendo ese discurso muy atacado por Trigueros, como luego se verá, yo cele-



bro que al menos mi atacante haya recogido, haciéndola suya, una aplicación mía que en ese discurso, por suerte, encontró él acertada.

Por lo demás, Trigueros apunta que, en innumerables ocasiones, las elecciones académicas las decide más la intriga que el mérito. Yo debo declarar, y así lo declararán también mis ilustres colegas, que los escogimientos de miembros a que yo he asistido, siempre fueron el resultado de la más ejemplar corrección y del más cordial y espontáneo acuerdo; que tan sólo hubo conatos de intriga en torno de la fracasada candidatura del señor Sánchez Ramírez, conatos a que puso fin un acto de leal franqueza.



Entro a considerar las flaquezas de lenguaje que Luis Trigueros ha espigado en mis pobres escritos, y que yo he encontrado pocas, dada la calidad, la cantidad y la extensión de esos escritos. Sin duda muchos de ellos no han tenido la fortuna de que Trigueros los haya visto y considerado con su crítica al propio tiempo justiciera y benévola, como cumple a crítico de tan altas ejecutorias.

Pero, en verdad, yo me he sentido muy aliviado al ver lo poco que Trigueros ha pescado. Siempre que se analiza la parte formal de mi obra tan opaca, entro en alarma, porque temo que se me apunten solecismos o faltas de sintaxis y de régimen, que mucho me preocupan, porque ello va contra la naturaleza orgánica del idioma, contra la índole misma del lenguaje, sintiéndome yo en eso flaco y desatento.

En ese renglón no me apunta Trigueros ni una sola mala nota. Estas todas se refieren al léxico, a la propiedad de las palabras. De eso débense descartar también los barbarismos, que a granel se hallan en la prensa diaria, tan repugnantes y tan reveladores de falta de cultura. Ni un solo barbarismo me apunta Trigueros. Quedo pues reducido a sobrellevar el peso de los neologismos, galicismos y cambios de letra o de acento que Trigueros acumula sobre mi pluma pecadora. Ya se verá que tampoco son muchos.

Principiemos por lo último, que son pecados veniales. Dice Trigueros que yo escribo «políglota» en vez de «poliglota»: «analfabeta» por «analfabeto»; «diabetis» por «diabetes». Mi



crítico o mi criticaastro, como él quiera, no tiene el escrúpulo o la cortesía de decirme dónde y cuándo encontró esos yerros; yo he empleado esas palabras muchas veces; sé que las he empleado en ocasiones correctamente, porque Don Rufino Cuervo hace mucho que me enseñó cómo se debían decir: Si Trigueros me señala dónde encontró eso yo podría decirle si se debió a inadvertencia mía o error del cajista o del linotipista. Tratáse tan sólo de una tilde o de cambio de una vocal por otra. En mi discurso que Trigueros ataca adelante, usé yo la voz «diabetes» correctamente; así la debió ver el crítico al citarla; como la cita incorrectamente peca por ligereza o por mala fe. No están a mi alcance todos mis escritos, ni yo me pondría a revisarlos para ver dónde cambié una vocal por otra.

Vengan en seguida los galicismos y neologismos que alarman la pureza de Trigueros.

No le gusta que yo diga «irreductible» por «irreducible». Yo gusto decir indiferentemente, como me suene mejor en la frase, y en mis escritos se encuentran una y otra forma. Ambas son correctas según el Diccionario de la Academia Española (última edición). Trigueros está atrasado.

Me imputa la voz «mobiliario» y me ordena «moblaje». Está atrasado Trigueros; según la misma autoridad, ambas formas pueden emplearse.

Se enfurece Trigueros porque yo use «personalidad» en vez de «personaje». Aquella autoridad tampoco lo apoya. Fuera de que ambas voces son correctas y en ocasiones equivalentes, el escritor de Yarumal no tiene el sentido de los matices, hasta el punto de que uno duda si entiende lo que lee. «Personaje» es un individuo concreto en la política, en la sociedad, en la fantasía de un drama o de una novela. «Personalidad», según la Academia, es la diferencia individual que constituye a cada persona y la distingue de otra, o conjunto de cualidades que constituyen a la persona. Bien se ve que Trigueros, por falta de información o de comprensión, no está en capacidad de hacer críticas.

Pero nada más obtuso que hacer cuestión entre «ponzoña» y «aguijón». Convenido: aquello es el veneno, esto es el instrumento. Pero si a Trigueros lo pica un alacrán, éste le introduce el aguijón y por éste la ponzoña, como la jeringuilla y la droga. ¿Dónde hállase mi disparate?



Quiere de todas maneras que no se diga «control», sino «inspección». Si se le diera gusto, que nadie se lo daría, perdería la lengua un elegante y expresivo vocablo ya universal. El señor Suárez, en uno de sus admirables *Sueños*, enseña cómo «contralor» se usó en España desde hace siglos, en el sentido de empleado inspector; de ahí vinieron derivados perfectamente formados y útiles, Sánchez Ramírez no podrá detener el viento con las manos.

Regáñame porque dije «provisorio», en ciertos casos, como digo «provisional» en otros. «Provisorio» se ha usado en Colombia desde hace mucho tiempo en el lenguaje de los gobiernos políticos y eclesiásticos, en la legislación y en la literatura, tiene, pues, carta de naturaleza colombiana. Una de las misiones de las academias americanas, es la de recoger esos americanismos legítimos y consagrados, para que la Española los introduzca en su léxico. «Presidente provisorio» se hizo llamar y fue llamado por Convenciones Nacionales y por Congresos el General Mosquera, y yo me atengo y respeto más al Gran General que a Luis Trigueros como escritor. «Provisorio» es pues, más que un neologismo, un americanismo corriente y consagrado en Colombia, en el Perú y en otros países de hispano-américa y, en todo caso, yo prefiero un neologismo bien formado y útil a una voz desusada y olvidada, un arcaísmo de los que desentierra Trigueros, y que la evolución de la lengua rechazó hace marras. Lo uno es la vida, lo otro es la muerte; lo uno el desarrollo, lo otro la parálisis.

En párrafo aparte, con dura censura y larga cita en su abono, pretende vapulearme por mi expresión «me extraña». La cita es de Julio Casares, que la censura, pero quien allí mismo reconoce que es causa perdida, pues el uso, la opinión pública y la autoridad de «estilistas pulcros y refinados», lo van a derrotar. Pero como Trigueros no sabe leer declaró definitivamente que yo pecaba contra la gramática. La Academia Española, en las páginas 580-581 de la última edición de su Diccionario encuentra bueno mi uso de la expresión «me extraña», y confirma así el pesimismo de Casares y deja a Trigueros como allá fuera.

Lo propio le pasó con su crítica de la expresión «a diario» acogida también por la Española en la página 458.

Tócame preguntarle al señor Sánchez Ramírez: ¿por qué no son de recibo locuciones como «factores numerosos», «caudi-



llo prestigioso», «rasgos acentuados» y «se mató», expresiones que él condena sin decir por qué y que yo sostengo si las dije?

Por lo demás, yo he empleado y seguiré empleando cuando se me ocurra, dos expresiones que hasta ahora no se hallan en el léxico académico, y ellas son «panfleto» y «miraje». La primera porque después de Junius, el inglés, y de Paul Louis Courier, el francés, seguiré empleando en ocasiones la voz «panfleto» en vez de «libelo», según la naturaleza e índole de la producción calificada, porque hay panfletos que no son libelos, y libelos que no son panfletos, y porque las voces panfleto y panfletario son de uso y circulación universal. Veamos lo más concluyente: el autor de los *Sueños de Luciano*, en la página 133, del tomo II, usa «panfleto» de modo tan legítimo como «folleto» y «libelo». Y aquí, donde nadie nos oiga, diré que yo me siento medio inclinado a creer que la autoridad de Don Marco Fidel Suárez, en cuestiones de lenguaje, es casi como la de Trigueros. En serio: que Trigueros censure a García Ortiz, más o menos está en el orden; pero que resulte censurando al Señor Suárez en lenguaje, hace reír a todo el Continente.

En cuanto a «miraje», que es voz tan expresiva, no queda bien sustituida por «espejismo». Esta significa un fenómeno natural, determinado por acción combinada de la luz, el aire, la humedad, es pues objetiva. «Miraje», en cambio, sugiere una visión ilusoria, en cierto modo subjetiva.

Pero estos matices no están al alcance del señor Sánchez Ramírez, ni a mí me interesa que él los capte o no los percate. Yo seguiré escribiendo miraje cuando me parezca, y panfleto cuando me venga la gana, y Jockey Club, en vez de Asociación de Jinetes, como aconsejarán los críticos a manera de Trigueros, porque yo estoy en el mundo y no en Babia.

Quedó pues en el suelo todo el aparataje crítico del escritor de Yarumal. ¿A qué queda reducido su desahogo como pretendiente desairado a un sillón académico? A un brote de resquemor provinciano, sin saber y sin espiritualidad. Sin saber, porque ha revelado una insospechable ignorancia (yo no la hubiera creído tanta), y quien ignorantemente peca, según el Padre Castaño, ignorantemente se condena. Sin espiritualidad, porque el espíritu no aparece en parte alguna en el fofo escrito de nuestro inefable pseudo-crítico de Yarumal. Esta interesante



ciudad bien puede prescindir de esta gloriola suya, cuando glorias verdaderas y sustantivas no le faltan.

En España vive, a menos que haya fallecido, un padre Mir y Noguera (que es preciso no confundir con el Padre Miguel Mir) autor de muy voluminosos y pesados libros ilegibles, sobre la pasión de Cristo y sobre los Milagros. Como nadie pudo leerlos, sin duda por ello le dio al bendito Padre por escribir libelos contra todos los grandes escritores españoles que desde la Edad de Oro de la literatura castellana, han sido el alimento y la delicia de nuestra raza. Ese Padre los encuentra ignorantes de la lengua, llenos de disparates gramaticales, plagados de galicismos, sobre todo Cervantes. El más repugnante y más absurdo de sus libelos lo llamó «el Centenario Quijotesco», encaminado a demostrar que la humanidad entera se ha equivocado al considerar a Cervantes como un genio, cuando no alcanza a ser sino un escritor mediocre, que no conoce su lengua y podrido de galicismos. Para la inquina del reverendo Padre nadie se le escapa: deja a Santa Teresa por los suelos, a Quevedo expiando, a Lope de Vega bajo la losa sepulcral. Para ese bendito, sólo un fraile que nadie conoce y cuyo nombre no lo tengo aquí y lo he olvidado, merece ser leído, naturalmente después del Padre Mir y Noguera. Hasta Colombia alcanzó su parte, pues no soportando el fraile la extensa fama científica de Don Rufino Cuervo, la emprendió contra el autor de las Apuntaciones del Lenguaje y del Diccionario de Regímenes. Más le valiera al Padre malhumorado, intemperante y tonto, no haber atravesado el Atlántico con sus diatribas, pues nuestro incomparable Antonio Gómez Restrepo, tan sosegado y benévolo habitualmente, pero tan enérgico y justiciero llegado el caso, a pesar de su comedimiento sincero ante las personas eclesiásticas, le dio una tunda mortal al reverendo Padre. Si éste ha muerto murió de ella.

Mucho más abajo en instrucción idiomática y gramatical del Padre Mir y Noguera se halla Luis Trigueros, y a distancia astronómica de Cuervo se encuentra la víctima actual de Trigueros; pero guardadas las proporciones, este caso recuerda al otro. Como yo no tengo un Gómez Restrepo, debo propinar la tunda con mi propia mano. Trigueros lo quiso, entreténgase y alíviese con sus voquibles.





Pero falta el rabo por desollar.

Hasta aquí la pretendida crítica gramatical de Trigueros no valía la pena; ya se ha visto con qué sencilla facilidad ha sido destrozada. Si a ella se hubiera reducido, no me habría tomado el trabajo de considerarla; tanto más cuanto a sus pobres disquisiciones gramaticales, agrega unas frases amables e indulgentes para mi persona; pero en seguida, para terminar, cambiando de tono, arremete enfurecido e inconsiderado contra un discurso mío, el cual no estudia ni analiza, sino que tan sólo lo califica, en términos gruesos, quizás excesivos, sin razonar sus calificaciones.

Entre otras cosas (los paréntesis son míos) dice:

«El último discurso del señor García Ortiz (fue de julio de 1938; después pronuncié algunos otros. Se echa de ver que Trigueros preparaba su ataque desde hace más de tres años) es una pieza mediocre por el ropaje y por el fondo. El estilo es pobre, desmañado, opaco. Y en los conceptos no hay elevación en las ideas, ni fuerza, ni originalidad (debería señalar algunas muestrillas, pues los lectores las piden). Elaborado con el ánimo de halagar al recipiendario, el autor exageró el encomio hasta rayar en el ditirambo (en esta época eso ya no se usa, como era de rigor en los tiempos florecientes de la Regeneración, cuando Trigueros figuraba siempre en los coros de turiferarios, el espinazo encorvado, batiendo el incensario, en espera del Consulado consabido). También aprovechó la ocasión para espetar, en forma inconveniente y chabacana insinuaciones malévolas y frases irrespetuosas acerca del doctor Rafael Núñez... (cítelas por la Virgen Santísima, ni el autor del discurso las conoce). Ya lo había llamado «robador de mujeres, malabarista de ideas y zurcidor de voluntades» (así lo calificué hace cosa de treinta años en un artículo de combate y no cambiaría hoy una letra. Pero Trigueros, para engañar a sus lectores no al tanto de las cosas, trata de hacer aparecer eso como parte del discurso académico que está demoliendo. Nueva muestra negativa en el señor Sánchez Ramírez de su buena fe y de su lealtad. Pero terminemos con la prosa de Trigueros). En suma, este discurso del señor García Ortiz disonante bajo la cúpula de una academia, más que una manifestación artística fue una arenga banderiza, impropia de tan señalada solemnidad».

Luis Trigueros tendrá sin duda razón en esta su diatriba, pero su reputación de crítico, si alguna tiene, sufrirá gravísimo



quebranto. Porque esa su calificación adjetival, sin consideraciones en su apoyo, no es de un crítico sino de un gacetillero, no es prosa literaria sino parto de un sueltista irresponsable.

En todo ese desahogo verbal, sin pruebas y sin muestras, habiendo Trigueros dejado conocer su despecho y su falta de escrúpulo, no hallo nada que me ofenda sino la atribución falsa y temeraria de frases inadecuadas para la circunstancia, no para el personaje aludido, que eso y mucho más merece, como se echará de ver ahora mismo. Y luego el calificativo de banderizos a mi persona y a mi discurso.

Vamos a cuentas: yo dije hace muchos años, en un artículo de combate que resultó un capítulo de historia, que el venerado y venerable jefe de los llamados regeneradores que se decían católicos, había sido robador de mujeres.

¿Qué culpa me cabe en que el doctor Rafael Núñez, secretario y protegido del General Tomás Herrera en la Gobernación de Panamá, emprendiera la seducción de la joven señora de Herrera, hasta que advertido el esposo pusiera en la calle al despreocupado pretense arruinador de su hogar? ¿Qué culpa me cabe que el doctor Núñez en Bogotá le robara su mujer al digno caballero señor Logan, para exhibirla como su querida en países extranjeros y dar lugar al resonante escándalo consiguiente? ¿Qué culpa me cabe que el doctor Núñez, ya peinando canas y viviendo todavía su abandonada esposa legítima, sedujera a una señorita de grandes virtudes y de la más alta sociedad de Cartagena, en un país católico, que no reconocía ninguna forma de divorcio y ninguna forma de matrimonio fuera del religioso, y en unión irregular viviera con ella por largos años, ante los morales y piadosos congéneres de Trigueros, que al unísono, gangosamente decían amén, amén? ¿Y qué culpa me cabe en que la gran mayoría de los colombianos no quiera que el doctor Núñez figure en el santoral romano?

Pero Trigueros, que se indigna de que yo no figure entre tales fieles, no toma nota de que en ese pobre discurso mío calificado de banderizo, yo rinda pleito y sincero homenaje a los grandes adversarios de mi partido: el gran Caro, el inolvidable Marroquín, el insigne Suárez, el honrado Abadía Méndez, el mismo Carlos Holguín que, con Núñez, tampoco es santo de mi devoción.

Los inteligentes y honorables hijos del señor Caro se aproximaron a mí emocionados por el recuerdo expresivo que había



hecho de su genitor ilustre; monseñor José Manuel Marroquín, que no sabe decir mentiras, ni aparentar sentimientos falsos, me declaró luego que todo estaba bien en lo que de su padre había dicho un liberal; la familia de Suárez me hizo llegar un efusivo recado de gratitud. Ya, para entonces, había hecho yo sendos y extensos elogios de eminentes adversarios del liberalismo: Marco Fidel Suárez, Carlos Martínez Silva, Jorge Holguín, Pomponio Guzmán, cuando ya nada podía esperar de ellos ni de los suyos. En un artículo político de bastante resonancia, bajo el título *Sursum corda*, de abril de 1938, defendí yo al doctor Abadía Méndez, ya caído y retirado, a quien los conservadores atacaban. La justicia que los conservadores no han sabido hacerle a algunos de sus hombres, la ha hecho García Ortiz, dijo alguno de los hijos de uno de ellos.

Al pie del estrado donde pronuncié ese malferido discurso, un prohombre conservador, de lo poco que le resta a ese antiguo partido, que siempre ha reconocido mi imparcialidad y que no nombro por no meterlo en danza con Trigueros, díjome casi textualmente: «De esos medallones presidenciales, que sin duda Ud. meditó y pulió, el de Núñez es el más intencionado y agudo; el de Caro, el más conceptuoso, rotundo y exacto; el de Marroquín, el más difícil de hacer, pero muy justo y simpático; para escribir el de Suárez, creo que Ud. se picó una vena. Los cuatro restantes son acertadamente ajustados a los personajes que contemplan». Ese mi noble amigo nada encontró de intención banderiza (1).

Banderizo llama Trigueros a quien ensayó la comprensión psicológica e histórica de los conceptos políticos de Bolívar y Santander, haciendo la debida justicia conciliatoria a los dos máximos creadores de nuestra nacionalidad, que los verdaderos banderizos han pretendido oponer el uno al otro como antagonistas irreductibles. Esa labor de análisis y comprensión ha merecido aplausos en varios países de la América Latina. ¿Dónde está el banderizo que Trigueros ha pretendido ver en García Ortiz? (2).

---

(1) El discurso en cuestión constituye la segunda y última parte de este panfleto.

(2) Véanse mis escritos sobre el General Santander, y en particular «Divergencias Políticas entre Bolívar y Santander», en el volumen «*Estudios Históricos y Fisonomías Colombianas*.—Serie primera». Bogotá, 1938.



Y no aceptando yo que cualquier plumista me trate de banderizo y que cualquier acólito, acostumbrado al incensario, pretenda que yo alguna vez haya rendido palmas al poderoso, debo remover recuerdos dolorosos.

Cuando el señor Suárez descendía de la presidencia bajo el peso de la edad, la enfermedad y la pobreza, entre el desprestigio general y el rencor de tirios y troyanos; cuando quienes se habían dicho sus amigos, sus admiradores y sus agradecidos, huían de él y del Palacio de la Carrera, como rabinos al derrumbarse los muros del templo de Jerusalén; cuando la cámara colombiana sólo vomitaba injurias contra el Presidente Mártir, entre una multitud enloquecida por el odio, García Ortiz fue a enfrentarse sólo a esa Cámara y a esas barras, a intentar al menos la defensa de la víctima augusta, y de esa empresa salió con honra. Por eso Suárez le dio recompensa inmortal, la única que podía dar y por ello invaluable, al nombrar a tan oscuro sujeto en uno de sus *Sueños de Luciano*, llamándole «amigo como pocos». Con eso tuvo García Ortiz.

Trigueros felicitó a éste en Chile en 1933 por tal actitud y tal defensa, y ahora le llama banderizo y adulador de un Presidente. Banderizo cuando los únicos políticos que pudieran tener razón y derecho para quejarse por malos tratamientos en ese discurso pronunciado en la capital de Colombia, serían quienes aún ocupan el escenario del conflicto mundial: Hitler y Stalin. ¿Será en defensa de ellos el desahogo de Trigueros? No, tal desahogo es el resultado simple de una decepción vanidosa.

Los hombres de algún valer, que tienen conciencia plena de lo que valen, no buscan ni necesitan títulos y honores. Quienes viven a caza de esas pompas y vanidades, creyendo que esas cosas les darían ante las gentes el mérito que no tienen, se desesperan y se echan a morir al no alcanzar lo que para ellos es precioso y esencial, y muerden y arañan a quienes, según ellos, tienen la culpa del fracaso de su ilusión.

En la portada de mis libros, después del nombre del autor, nunca han figurado títulos ni distinciones; pero ahora rabiará Trigueros si sabe que en lo relacionado sólo con sus gramáticas, fuera de ser su víctima miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española, lo es honorario de la Academia Mexicana



de la Lengua, uno de los más ilustres institutos americanos, donde han figurado y siguen figurando los más preclaros hombres de letras de México, y que no tiene sino dos miembros honorarios, ambos colombianos: el insigne Antonio Gómez Restrepo y éste su servidor atento. Aun cuando Trigueros no pueda creerlo, ha de saber que esas distinciones inmerecidas siempre me sorprendieron y nunca se intrigó por ellas.

Ese discurso mío, mirado por Trigueros con tanta inquina, fue pronunciado en el Teatro de Colón, de Bogotá, en sesión de extraordinaria solemnidad y ante selecto y numeroso público, por tratarse de la recepción como miembro de número, en la Academia Colombiana de la Lengua, del doctor Eduardo Santos, ya electo, pero todavía no en ejercicio, para el cargo de Presidente de la República. El me dio la honra de designarme para recibirlo.

El discurso fue encontrado por la opinión sobrio en cuanto al elogio del personaje, atrevido por haber querido caracterizar de cerca, en medallones precisos, las fisonomías intelectuales y políticas de los académicos que fueron presidentes de Colombia, original en cuanto pretendió entrar en consideraciones sobre la política mundial.

El autor estuvo autorizado a creer por las manifestaciones públicas y privadas que recibió y por el cordial y cariñoso aplauso de sus colegas, que no había hecho una pieza deslucida para el caso e impropia para las circunstancias. Una felicitación que siempre recordará ese autor, por lo espontánea, por lo reiterada y por lo razonada, prescindiendo del valor excepcional que le prestaba la propia persona que la hacía, fue la del insigne Don Luis de Zulueta.

Un eminente y noble diplomático europeo, de larga y lucidísima carrera, muy versado en la historia y la lengua de España, que me favorece y honra con su amistad, leyó ocasional y recientemente mi discurso en cuestión, y en forma espontánea y expresiva vino a felicitarme. Acabo de mostrarle el cuidadoso, detenido y admirable análisis de tal discurso hecho por Trigueros, y le dije que yo le leería también mi respuesta. El poniéndose las manos en la cabeza, exclamó:

—Santo Dios, ¿y usted va a contestar tamaño engendro?

—Ya tengo escrita mi réplica, le respondí.



—No, no haga eso. Cuando usted regrese a Colombia y se encuentre delante de ese señor, con el índice señaléle y amenácele el ombligo, y dígale *pillín*. Es lo único que se puede hacer con gentes así.

Pero como ya tenía yo escrita, con mucho trabajo, esta respuesta, y me había encariñado con ella, no quiero perderla y habilito transitoriamente de persona seria al *pillín* para que la reciba.

*San José, Costa Rica, 23 Octubre 1941.*